

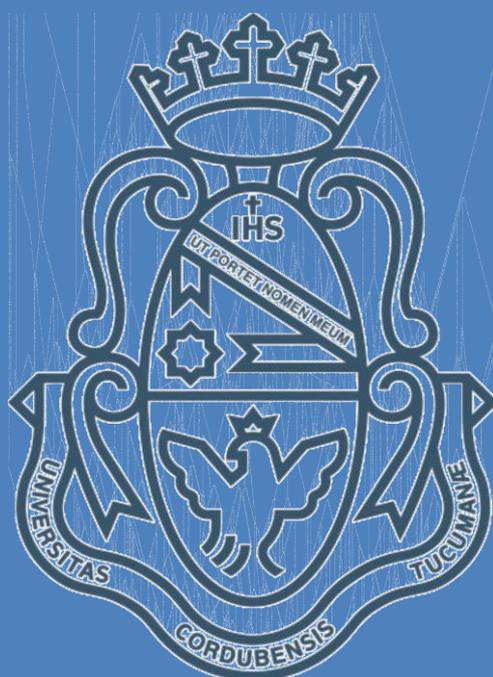
# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIX JORNADAS

VOLUMEN 15 (2009)

Diego Letzen  
Penélope Lodeyro

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



## El concepto de campo histórico como construcción lingüístico-ficcional-hipotética en Hayden White

María Inés La Greca\*

Nuestro artículo intenta contribuir a la dilucidación del sentido y las consecuencias de afirmar que en la producción de obras históricas intervienen elementos ficcionales. Esta tesis, atribuida a Hayden White, parecería poner fuertemente en cuestión el valor epistémico de las explicaciones ofrecidas por la historia. Sin embargo, creemos que un análisis más profundo de la obra de White permite entender que el aparente ataque a la disciplina es en realidad una revalorización crítica del modo en que persigue sus fines cognitivos.

Cuando White decide señalar los aspectos ficcionales de la historia, su tarea debe entenderse como orientada tanto por un afán crítico como por una voluntad de comprender de qué modo se articula la relación entre obra y referente: el objetivo no es negarla *per se*, sino reconceptualizarla. White no sólo es un realista en sentido ontológico sino que además se dedica a pensar el "realismo" en la historiografía. Esto no implica que, en sentido epistémico o gnoseológico, White adopte también un realismo ni lo convierte en un relativista sin más. Realismo y relativismo se mostrarán como etiquetas inadecuadas para la posición filosófico-epistemológica que White sostiene. No se trata de negar la posibilidad de comprender el pasado ni de fundarla en certezas: se trata de entender cómo el impulso por dar cuenta de lo real pasado apela, en última instancia, a modos de comprensión diversos e irreductibles entre sí o, en otras palabras, cómo la necesidad de hablar del pasado se sirve de diversos lenguajes.

Nuestro artículo, en primer lugar, remontará el afán crítico de White hacia una de sus fuentes teóricas: el estructuralismo. En segundo lugar, reconstruirá los aspectos más positivos de la perspectiva whiteana ligados a la postulación del concepto de "campo histórico" como central para entender la dinámica epistémica de la obra histórica. Finalmente, destacaremos cómo en el concepto de "ficción" o "ficcionalización" puede evidenciarse esta doble mirada crítico-positiva del autor. Debemos recordar que White presenta una teoría que se propone explicar cómo comprendemos el pasado, a partir del modo en que los historiadores ofrecen explicaciones históricas en forma de textos.

### II

La influencia estructuralista en la obra whiteana es clara y explícita. No corresponde a aspectos accesorios o periféricos de la teoría, sino que compete a su núcleo duro. La tesis fundamental de White es la siguiente: siendo toda obra histórica un estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa, será su infraestructura metahistórica o dimensión profunda de carácter poético-lingüístico lo que mayormente condicione las modalidades explicativas que aparecerán en la dimensión manifiesta de la obra consideradas como más adecuadas por el historiador para dar cuenta de lo que ocurrió - y por qué - en el supuesto proceso pasado investigado. En otras palabras, la última instancia de análisis de una obra histórica que nos permitiría dilucidar las "razones" por las cuales el historiador ha ofrecido tal narrativa como representación y

---

\* UBA-CONICET-UNTREF

explicación más adecuada de su objeto de estudio está dada por el específico modo lingüístico en que prefiguró el "campo histórico". Ese modo lingüístico es entendido por White como un modo topológico, un modo constante de uso del lenguaje cuyas posibilidades son cuatro: metafórico, metonímico, sinecdótico o irónico. Aquí es donde White se sirve de los desarrollos estructuralistas, ya que la teoría del lenguaje de la que dice apropiarse es la teoría topológica esbozada por Roman Jakobson y Claude Lévi- Strauss, entre otros.<sup>1</sup>

Ahora bien, no trataremos de dar una definición de "estructuralismo". Debido a los objetivos específicos que nos hemos planteado, tomaremos sólo algunas ideas generales sobre las que suele haber consenso, en la medida en que recortan un marco problemático, y no una doctrina acabada.<sup>2</sup>

En primer lugar, remitiendo el estructuralismo a sus orígenes en la lingüística de inspiración saussuriana nos encontramos con una distinción fundamental, aquélla que plantea un doble carácter del objeto de estudio: el lenguaje como "lengua" y como "habla". El interés de Saussure y sus continuadores por la "lengua" significó un abordaje del lenguaje interesado por identificar y estudiar sus aspectos sistemáticos, su carácter de código de comunicación. Oswald Ducrot señala como rasgo diferenciador de la lingüística saussuriana el ser una lingüística de la comunicación, por oposición a una lingüística de la representación tal como lo fueron sus desarrollos hasta el siglo XIX, que lo concebían como expresión de pensamiento, como representación de la mente.<sup>3</sup> Más aún, Ducrot considera que no es la noción de "estructura" el aporte original de Saussure – que era utilizada previamente, frente a la cual Saussure habría preferido la de "sistema"<sup>4</sup> – sino que es una nueva noción de "estructura" para atender al aspecto autónomo y sistemático del lenguaje.

Antes de proseguir, debe recordarse que hemos hablado de un carácter doble del lenguaje. Si bien la lingüística centrará su tarea en la lengua como el aspecto codificado, como institución social, cuyas reglas posibilitan y limitan la comunicación, en tanto "habla" se reconoce que el lenguaje es también un cierto acto individual, en el cual el usuario dispone de cierta "libertad de expresión" o de variación, porque cada individuo tiene su manera especial de manejar los recursos del código.<sup>5</sup> A su vez, debe tenerse en cuenta que "lengua" y "habla" no representan aspectos opuestos del lenguaje para Saussure sino que se implican mutuamente.

Según Ducrot, la lingüística sostendrá dos tesis fundamentales. Por una parte, la tesis de la autonomía de la lengua, por la cual se considera el lenguaje como poseedor de una sistematicidad propia, que no debe ni a las cosas ni a la mente su estructuración. En otras palabras, que el orden de las palabras no es el orden de las cosas. En segundo lugar, la tesis de la primacía del sistema por sobre los elementos. Esta tesis, en la lectura de Ducrot que atiende a desarrollos ulteriores – fundamentalmente desde la glosemática – implica no sólo que la identificación y el conocimiento del elemento lingüístico depende de la presuposición del sistema o totalidad del que forma parte, sino que su realidad lingüística misma es constituida fundamentalmente por su situación o lugar en el sistema.<sup>6</sup>

Hasta aquí entonces, hemos reunido los siguientes elementos que serán de utilidad para nuestro tema de investigación:

La distinción entre "lengua" y "habla"

La tesis de la autonomía de la lengua

La tesis de la primacía del sistema o estructura sobre los elementos

Nuestro punto de partida había sido el reconocimiento del carácter lingüístico del discurso histórico. Esto parece ya acercarse a White y el estructuralismo. La obra histórica en tanto estructura de lenguaje es el recurso mediante el cual el historiador comunica a su público el resultado de sus indagaciones. Y es a la luz de esta cercanía con el estructuralismo que podemos comprender ahora por qué esto implica problematizar el carácter lingüístico de la historiografía: porque White acuerda también con la tesis de la autonomía de la lengua, i.e., también considera que el orden de las palabras no es el orden de las cosas. El lenguaje utilizado por el historiador para comunicar conocimiento acerca del pasado es, por una parte, el código compartido con su público mediante el cual la comunicación es lograda, pero, por otra, posee autonomía, una estructura propia e independiente de lo que pueda pensarse que sea la "estructura real" de aquello de lo que se cree hablar.

Hay dos sentidos en que el lenguaje del historiador es autónomo: un primer sentido ligado a su carácter de "lengua" en general; y un segundo sentido, en el que autonomía debe pensarse como "inmanencia", ligado al modo de abordar la particular forma de ese lenguaje como obra histórica, i.e., como una estructura verbal narrativa. Aquí detectamos también otra influencia de White en relación a los desarrollos del formalismo ruso alrededor de la noción de "obra literaria". En este segundo sentido – complementario del anterior – comprendemos que White ofrece su teoría formal de la obra histórica como conformada por dimensiones manifiestas y una dimensión profunda metahistórica justamente porque ha decidido analizarla en su autonomía-inmanencia. Este estudio immanente de las narrativas históricas como estructuras verbales lo conduce a afirmar que la unidad y coherencia de esas narrativas y las explicaciones que contienen está condicionada por una infraestructura lingüística. En términos de las ideas que hemos tomado del estructuralismo, hay una cierta "lengua", un cierto "código" en el cual se sostiene la narrativa como totalidad.

### III

Es en esa infraestructura poético-lingüística donde se encuentran los aspectos ficcionales de la historia. Aunque la tesis imposicionalista de White suele asociarse con mayor frecuencia a las estructuras de trama mediante las cuales se otorga coherencia al relato, es en realidad en un nivel más profundo donde lo ficcional tiene su función. Más aún, la estructura de trama puede en algunos casos ser un cierto efecto de superficie de la obra histórica, ligado a esta dimensión profunda.

Como dijimos al inicio, White sostiene que toda obra histórica está constituida por esta infraestructura metahistórica que no es sino un acto lingüístico prefigurativo, de tal manera que las estrategias explicativas manifiestas que el historiador propone se sostienen, en última instancia, sobre la particular forma en que prefiguró el "campo histórico". Aquí es donde encontramos el concepto central de nuestro trabajo. Por "campo histórico" White entiende aquella estructura profunda de la obra histórica que es el resultado del modo en que el uso predominante del lenguaje prefiguró el supuesto ámbito de ocurrencias como objeto de estudio. Esto significa que en la descripción misma que realiza de lo que ha considerado su dominio problemático, el historiador lo "construye". Porque el dominio es construido como objeto de estudio, el acto es poético. Porque dicha construcción es indistinguible de la descripción misma

del campo, el acto es lingüístico. Y porque el acto es poético y lingüístico, White considera que son las modalidades tropológicas del lenguaje – que sirven para la caracterización de objetos y fenómenos en general – lo que explica el modo particular en que el campo histórico es caracterizado.

Ahora bien, si el campo histórico es la descripción del objeto de estudio, es a esta descripción a la que se referirán, o sobre la cual se sustentarán, las explicaciones del historiador. De esta forma, el campo histórico no es otra cosa que la postulación de la ontología histórica relevante para el discurso histórico en cuestión, ontología que, por otra parte, es necesario postular si las explicaciones han de tener sentido – ¿cómo saber *por qué* pasó algo, si no sabemos antes *qué* pasó, cuáles son los fenómenos que demandan explicación?

Un elemento más es necesario explicitar para comprender la noción de campo histórico. Cuando White explica la prefiguración como el acto lingüístico que constituye el campo histórico, ubica este acto en la dimensión infraestructural de la narrativa histórica. Esto significa que el campo histórico concreto, tal como fue prefigurado en el contexto de una narrativa específica, se nos presenta como una estructura que subyace a los aspectos manifiesto-explicativos de dicha narrativa. Esto implica dos cosas: por una parte, se refuerza la idea general de que sin la determinación de una ontología histórica, las explicaciones ofrecidas no tendrían sentido – en otras palabras, las explicaciones siempre suponen una ontología cuyo devenir es explicado. Pero, por otra parte, se incorpora un aspecto crucial del concepto que estamos estudiando: el campo histórico no sería entonces una agrupación de elementos dispersos y aislados, no sería una mera enumeración de fenómenos, sino que, en tanto estructura implica la delimitación de las ocurrencias relevantes como un conjunto de fenómenos relacionados entre sí, relaciones que no sólo los caracterizan sino que además permiten entenderlos como conformando “un” campo de ocurrencias en particular.<sup>7</sup> Y aquí encontramos otra coincidencia con las ideas estructuralistas que mencionamos: en la medida en que White sostiene que el campo histórico – tal como fue específicamente prefigurado en cierta modalidad tropológica en una narrativa – es la estructura profunda que permite comprender el discurso como totalidad, parecería estar aplicando a su propio objeto de estudio la tesis de la primacía del sistema sobre los elementos.

Dijimos que el concepto de campo histórico recortaría un ámbito de ocurrencias que no sería una mera colección caótica sino un dominio o un conjunto de fenómenos cuyas relaciones entre sí los hacen una totalidad, una estructura. A su vez, agregamos el dato ulterior de que el modo en que ese ámbito se recorta – no sólo en sus límites, sino en su estructuración tropológica – posibilita a la vez que limita el modo en que se lo explicará. En este punto entendemos por qué White se refiere al campo histórico como el “código” que el historiador utilizó para comunicar sus investigaciones. A la luz de la noción de lengua como sistema de comunicación, entendemos que el campo histórico funciona como un código compartido con el público que hace posible tanto la comunicación de conocimiento acerca del pasado como limita lo que se puede decir acerca de él. El recorte que el campo histórico implica como ontología permitirá al historiador elegir ciertas modalidades de explicación como más o menos adecuadas para el objeto de estudio tal como fue prefigurado. Por este motivo White habla de una “metahistoria” en toda narrativa histórica: el modo en que el campo histórico fue constituido condicionará en gran medida el tipo de elecciones que el historiador realice respecto de las modalidades explicativas de las que

dispone en las dimensiones de la trama, la argumentación formal y la implicación ideológica. Aquí reencontramos la diferencia entre lengua y habla: el discurso histórico se presenta como un acto de habla del historiador, pero debemos retrotraernos a la "lengua" hablada, al código que subyace a ese acto, haciéndolo posible así como limitándolo. Y esto no remite a ninguna "prisión del lenguaje", porque como en el caso del habla, dentro de los límites del "código" en uso, el historiador tendrá una libertad relativa para explicar su objeto de estudio.

Entendemos ahora que el campo histórico desempeña en el discurso histórico una doble función: 1) determina la ontología histórica aceptada por el historiador, esto es, identifica y caracteriza los fenómenos relevantes así como las relaciones entre ellos que permiten abordarlos como una cierta totalidad; 2) da la clave hermenéutica para entender cómo las explicaciones ofrecidas por el historiador adquieren su inteligibilidad ya que al hacer surgir una estructura de fenómenos relacionados condiciona los modos en que podrían ser explicados.

#### IV

Es momento ahora de retomar lo que mencionamos como el afán crítico-constructivo que guiaba a White en la consideración de los aspectos ficcionales de la obra histórica, habiendo confirmado su aceptación de la tesis estructuralista de la autonomía de la lengua. Sólo así la idea de que hay algo "ficcional" en la historia cobra su sentido propio.

La tesis de que el lenguaje como código de comunicación es autónomo implica que su estructura no tiene una correspondencia necesaria con la estructura de lo real. El orden de la lengua no estaría motivado por algún orden de aquello que fuera su referente. Es en la aceptación de esta tesis donde White señala lo ficcional de la estructura metahistórica: el campo histórico presupuesto, en la medida en que surge del modo de uso del lenguaje predominante, es una ficción, una construcción, que no debe su modo de ser necesariamente al modo de ser de su pretendido "referente". ¿Nos deja esto ante todo campo histórico como una mera invención del historiador?

No, y tenemos dos razones para explicarlo. En primer lugar, el campo histórico no es una "mera invención" porque situados en la perspectiva estructuralista el historiador no crearía *ex nihilo* su objeto de estudio: sirviéndose del código utilizado, ofrece una imagen del campo histórico cuyas características se deben en gran medida al lenguaje mismo utilizado y no a la pura voluntad del historiador. Pero, por otra parte, no tenemos una invención arbitraria porque el campo histórico desempeña una función crucial: sienta las bases para que las ocurrencias puedan ser explicadas. Y esto no remite tanto a un artificio literario como a una necesidad conceptual. White mismo nos dice que:

Es verdad que he hablado de las historias como productos de un proceso de invención más literario o poético que científico y conceptual, y he hablado de las historias como ficcionalizaciones del hecho y de la realidad pasada. Pero (...) propuse la noción de ficción para ser comprendida (..) como un constructo hipotético y una consideración "como si" de una realidad que, debido a que ya no está presente a la percepción, sólo podía ser, más que simplemente referida o postulada, imaginada.<sup>8</sup>

El concepto de "ficción" para explicar las operaciones tropológicas remite al carácter de "construcción hipotética" - y no a la idea de "libre invención arbitraria" - del discurso histórico.

White nos está diciendo que la factualización de los sucesos pasados es a su vez una ficcionalización: no está diciendo que debemos “crear” o “inventar” los “hechos” de los que nos ocuparemos, sino que la determinación del ámbito de ocurrencias que consideramos que demanda explicación, el reconocimiento de un conjunto de fenómenos que – en tanto mantienen relaciones entre sí – conforman una totalidad específica, sólo es posible en la medida en que presuponemos que allí hay un campo histórico determinado, no una serie aleatoria de ocurrencias, sino una totalidad que demanda explicación. Para ello, describimos el campo histórico y, al hacerlo, estamos proponiendo una construcción hipotética bajo la cual el conjunto de ocurrencias se muestra como un particular objeto de estudio, como un dominio problemático. Esto no es una mera invención: aquí “ficcionalizar” es construir una hipótesis.

Podemos preguntarnos qué ventajas y/o problemas pueden surgir de la adopción del concepto de campo histórico para analizar la historiografía contemporánea, ya que la obra en que White originalmente presenta el concepto corresponde a un análisis de la historiografía del siglo XIX. Esta pregunta implicaría una evaluación detallada que, por cuestiones de espacio, no podemos ofrecer aquí, pero merece, sin embargo, que indiquemos al menos una dirección de respuesta. Esa dirección surge de especificar la pregunta anterior en una interrogación más puntual: ¿cuál podría ser el valor heurístico del concepto para delimitar el trabajo concreto del historiador contemporáneo? A lo que respondemos lo siguiente: En la medida en que aceptemos que la tarea del historiador, adopte el marco metodológico que adopte, involucra necesariamente los siguientes aspectos: 1) dar cuenta de un “registro histórico”, es decir, un heterogéneo conjunto de fuentes primarias y secundarias, archivos, rastros documentales, restos monumentales y/o arqueológicos etc.; 2) asumir críticamente su propia elaboración del registro histórico como una propuesta *alternativa* a otras elaboraciones anteriores o contemporáneas, es decir, a otros relatos acerca del “mismo conjunto de acontecimientos o período histórico” (cualidad de *alternativa* que se ubica en un amplio espectro de posibilidades entre dos extremos – desde una contribución complementaria a, o correctiva de, elaboraciones incompletas, hasta una diferenciación radical de otras visiones del proceso pasado en disputa); y 3) componer un discurso escrito mediante el cual comunicar los resultados de su investigación, ya sea al público en general, o al más restringido público de sus pares; si aceptamos que todo historiador debe al menos lidiar con estos tres aspectos de su oficio, el valor heurístico del concepto de campo histórico se manifiesta de la siguiente manera: 1) respecto del trabajo con el registro histórico, como hipótesis que guió la determinación de las inclusiones y exclusiones que definen lo que consideró relevante o no para el análisis histórico que ofrece; 2) respecto del posicionamiento del trabajo del historiador como elaboración alternativa, su determinación de un campo histórico se presenta como hipótesis distinta que disputa frente a otras – en mayor o menor medida – el rol de hipótesis más adecuada, de mayor alcance, precisión, etc.; y, finalmente, 3) respecto del aspecto de escritura, el concepto de campo histórico encuentra aquí su función más “concreta”. Es en este “aspecto” donde el núcleo del argumento whiteano y el potencial heurístico del concepto se hacen evidentes, dado que White sostiene – contra lo que considera cierta persistente creencia acrítica de los historiadores acerca de su “oficio” – que la escritura mediante la cual se pretenden “traducir” los resultados “ya obtenidos” de la investigación, en realidad no sólo no es una etapa final y accesoria del trabajo historiográfico sino que es parte fundamental. Sólo mediante la

presentación de la indagación en un discurso escrito es que el campo histórico, como la hipótesis constitutiva del ámbito problemático, del *objeto de estudio* propiamente dicho, adquiere su formulación definitiva mediante el empleo de las caracterizaciones figurativas que los usos topológicos del lenguaje hacen posible. Es así que, si presentamos el concepto de campo histórico como constructo lingüístico-ficcional-hipotético es porque seguimos a White en su mostración de que no son aspectos meramente conceptuales los que hacen a la hipótesis de trabajo que guía la investigación histórica, sino que son también aspectos lingüístico-figurativos.<sup>9</sup> Esto implica rechazar, por una parte, la distinción tajante entre la “etapa” investigativa frente al registro y la ulterior y secundaria “etapa” de “traducción escrita” de los resultados, y, por otra, reivindicar el rol cognitivo de la escritura en tanto concreción de la constitución hipotética del objeto de estudio que habilita y delimita los resultados de la investigación, reivindicación que señala no sólo cómo “descubrir” en las obras históricas el específico modo de ver el proceso estudiado en su relación con las explicaciones ofrecidas sino también cómo criticarlo mediante la elaboración de una construcción alternativa.

Factualizar y ficcionalizar son dos aspectos de un mismo movimiento descriptivo por el cual el historiador determina lo qué ocurrió, cuál es el campo histórico del que se ocupa, no tanto en un acto libre imaginativo-conceptual como en virtud de cierto condicionamiento del lenguaje. Como nos dice Roland Barthes del lenguaje en general, estas construcciones hipotéticas se refieren a realidad pero no la expresan.<sup>10</sup> Es este modo de referir a la realidad mediante la constitución de un campo histórico lo que debemos indagar para entender cómo comprendemos el pasado mediante el discurso histórico, conservando el límite crítico, al recordarnos la divergencia entre el orden de las palabras y el orden de las cosas, a la vez que explorando la propuesta positiva de reconocer el modo en que el lenguaje mismo nos permite identificar objetos de estudios problemáticos en la historia. Porque, ¿de qué otra manera podemos decir algo acerca del pasado sino hablando?

---

## Notas

<sup>1</sup> White, H., *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 40, nota 13

<sup>2</sup> Vincent Descombes considera que hay al menos tres acepciones del término “estructuralismo” Véase Descombes, V., *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*, Cátedra, Madrid, 1998, pp. 112 y ss.

<sup>3</sup> Ducrot, O., *El estructuralismo en lingüística*, Losada, Buenos Aires, 1975, p. 20.

<sup>4</sup> Véase Fages, J. P., *Para comprender el estructuralismo*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1969, p. 19

<sup>5</sup> Para el carácter doble del lenguaje, véase Benveniste, E., *Problemas de lingüística general I*, Siglo XXI Editores, México, Buenos Aires, Madrid, 2007, p. 41; Fages, J. P., *Para comprender el estructuralismo*, p. 24.

<sup>6</sup> Ducrot, O., *El estructuralismo en lingüística*, cap. II y III.

<sup>7</sup> Para entender tanto la noción de “estructura” como la perspectiva estructuralista en general véase Pouillon, J., “Presentación: Un ensayo de definición”, en Barbut, M., Bourdieu, P., Godelier, M., Greimas, A. J., Macherey, P. y Pouillon, J., *Problemas del estructuralismo*, Siglo XXI Editores, México, 1967, pp. 12 y ss.

<sup>8</sup> White, H., “Hecho y figuración en el discurso histórico”, en *El texto histórico como artefacto literario*, (Introducción de Verónica Tozzi, traducción Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino) Paidós, Barcelona, 2003, pp. 54 y 55. Para los análisis whiteanos de lo ficcional en la historia ver especialmente su *Tropics of discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1982.

<sup>9</sup> Otro elemento interesante a considerar para sopesar el valor heurístico de este concepto está dado por la posibilidad de relacionar la función de los elementos lingüístico-figurativos en la escritura de la historiografía con las discusiones

---

contemporáneas acerca del rol de la metáfora en las teorías científicas (sólo por citar un ejemplo reconocido, Véase Black, M., *Models and Metaphors*, Cornell University Press, Ithaca -New York, 1962).

<sup>10</sup> Barthes, R., *Variaciones sobre la escritura*, Paidós, Buenos Aires, 2007.